



EL SÉPTIMO DÍA
 por Rubén Abella

Evocaciones

Mi primer recuerdo oficial es de algo que ocurrió cuando tenía tres años. Y digo oficial porque tengo otro anterior: mi madre empujando el coche de bebé en que me transportaba. La veo a través de la ventanilla de plástico transparente que me protege del frío. Veo los brazos. La cara plácida. Y, más allá, un cielo añil y una calle que se parece mucho a García Morato. Me dicen que es imposible. Que me lo he inventado. Yo no discuto.

En mi primer recuerdo oficial hace sol y estoy sentado en la playa del Pisuerga, jugando en la arena con un cubo y una pala. A mi lado hay alguien. Puede que mi madre. O quizás sea Marina, la entrañable centinela de mis primeros años. En el río, entre los destellos del agua, una mujer con un bañador rojo nada a contracorriente en dirección al puente Mayor. Bracea sin descanso, pero no avanza. Parece una versión moderna del viejo mito de Sísifo. Una nadadora condenada al esfuerzo perpetuo de permanecer estática. A veces me pregunto dónde estará esa mujer ahora, después de tanto tiempo. Está donde esté, para mí aquel momento fue muy importante: recordar significa tener algo que contar, y yo me dedico a eso.

A partir de ahí las reminiscencias se amontonan, se apilan las unas sobre las otras. Montañas y montañas de recuerdos que, coloreados por la imaginación –de alguna forma hay que tapar las lagunas–, llevan una vida paralela a la mía. De todos ellos los más intensos, los más cargados de sentido, son sin duda los de la infancia, los de las cosas que ocurrieron antes de que, como dice Flannery O'Connor en *Enoch y el gorila*, uno de sus deslumbrantes relatos, el Destino echara la pierna hacia atrás para empezar a darnos patadas.

Lo mismo me ocurre con la Navidad. Las he tenido de todas clases: felices, tristes, pintorescas, raras... La del noventa y dos, por ejemplo, la pasé en Australia,

echando cabezadas en el autobús que me llevaba de Adelaida –la ciudad donde vivía entonces– a un pueblo del interior llamado Ballarat. El resto de los pasajeros –en su mayoría orientales– eran personas para quienes esas fechas no significaban demasiado.

Cené una hamburguesa de canguro en un albergue –no bromeo, me refiero a lo del canguro–, en compañía de otros viajeros desarraigados, entre ellos una alemana enorme con quien compartía signo zodiacal –Géminis–, un japonés con gafas de culo de vaso y un irlandés muy bebido que aseguraba haberse acostado con cien mujeres a un tiempo. Allí era verano, y llovía. En otra ocasión las Fiestas me encontraron en Nueva York, en la casa de Staten Island de una familia amiga. La noche del veinticua-

En mi primer recuerdo oficial estoy sentado en la playa del Pisuerga

Parece que estoy viendo a mi padre llegar a casa cargado de bolsas de Iborra

tro, como manda allí la tradición, recogimos los regalos que Santa Claus había dejado bajo el árbol. La mañana del veintiséis, la familia al completo se fue a cambiarlos. Recuerdo que pensé con orgullo que eso nunca nos iba a ocurrir en España. Aquí no somos tan materialistas, me dije. Aquí lo que importa es el detalle. Ya ven: como profeta no tengo precio. Y, por supuesto, he pasado muchas Navida-

des en Valladolid. Pero de todas ellas, de todas las que hasta ahora me ha tocado vivir, las que con más fuerza recuerdo son las de la infancia.

Parece que estoy viendo a mi padre llegar a casa cargado con las bolsas de Iborra. Recuerdo los platos rebosantes de turrón, mazapanes y frutas escarchadas –las frutas escarchadas siempre han sido mi debilidad, lo confieso– que mi madre depositaba sobre el mueble del tocados y no paraba de rellenar hasta que por fin los retiraba en enero, cuando volvíamos al

colegio. Recuerdo las «actuaciones» –por lo general villancicos y «conciertos» de flauta– que mis hermanos y yo ofrecíamos a nuestros padres después de la cena de Nochebuena, usando como gran telón las cortinas estampadas del cuarto de estar. Recuerdo mis primeros sorbos de alcohol: un dedo de fino La Ina que durante un buen rato me tuvo flotando en una nube de levedad y risa floja. Recuerdo el hielo en las aceras, la tensa espera de las campanadas de Nochevieja, las multitudinarias misas en la iglesia de los Francisca-

nos. Y, cómo olvidarlo, recuerdo al niño que, sin venir a cuento, con un brillo de maldad en los ojos, me dijo que los Reyes no existían. El principio del fin.

Afirma Philip Roth, en su novela *La contravida*, que es la imaginación la que en realidad nos inventa a todos. Según él, no somos más que una ficción de los otros. Meras evocaciones que, a su vez, evocan al resto. Como en un acto de prestidigitación, uno crea a los demás y los demás lo crean a uno. Dicho queda.

Felices recuerdos.
 Felices Fiestas.



Vieja imagen de la playa vallisoletana junto al Pisuerga. / T.H.



EL MUNDO

Gastronomía, vino,
 turismo, tradición, cultura...



LAPOSADANET.com


